

LA IBERIA MUSICAL.

Periódico Filarmónico de Madrid.

SEMANARIO DE LOS ARTISTAS, DE LAS SOCIEDADES Y DE LOS TEATROS.

DIRIGIDO

POR UNA SOCIEDAD DE PROFESORES.

PRECIO DE SUSCRICION

A LA

IBERIA MUSICAL.

MADRID.	PROVINCIAS.
1 m. . . 42	5 m. . . 40
5 m. . . 30	6 m. . . 76
6 m. . . 54	1 año. . 140
1 año. . 400	Estrang. 460

ANUNCIOS.

Cuatro cuartos la línea de
28 letras.

La Iberia Musical sale todos los
Domingos.

La redaccion está establecida, calle de la Madera, número 11, cuarto segundo.—Se suscribe en los almacenes de música de LODRE y CARRAFA, y en las administraciones de Correos y librerías del reino.

Madrid, domingo 28 de agosto de 1842.

ESTE PERIODICO DARA A
LOS SEÑORES SUSCRITORES,
AL AÑO.

- 1.º Doce melodías y canciones, compuestas por los artistas mas célebres.
- 2.º Doce composiciones de piano del mejor gusto, y de los mejores pianistas.
- 3.º Seis retratos de artistas célebres, tanto españoles como extranjeros.

SUMARIO.

MANUEL GARCIA (conclusion).—CAPRICHOS DE ALGUNOS MUSICOS CÉLEBRES.—EL ROSARIO DE HAYDN (conclusion).

Los señores suscritores recibirán con el número de hoy un Wals para piano del célebre maestro Rossini.

La primera entrega de canto que se reparta, será la lindísima *tyrolien* de Beauplan, cantada por la Sra. Garcia-Viardot en el Liceo.

—Se ha cometido un yerro involuntario en la graduacion de los números del metrónomo, en la cancion *La Africana*. Pues debe leerse M. (56); en vez de (96).

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

ARTISTAS CÉLEBRES ESPAÑOLES.

Manuel García.

(Conclusion).

En la primavera de 1824, volvió García nuevamente á Londres, en calidad de primer tenor de la compañía de ópera del teatro real. A pesar de lo molesto y trabajoso que le era el servicio de la escena, planteó su escuela de canto, y fué tal la voga que obtuvo, que concurrían diariamente ochenta

discipulos á tomar sus lecciones. La educacion vocal de su hija la ilustre y *diva* Maria Malibran de Beriot, se perfeccionó en este tiempo, haciendo su primera salida en el teatro (en 1825) por el papel de Rosina del *Barbero*. García tenia formado el proyecto de encargarse de la direccion del teatro de Nueva-York; proyecto que puso en planta en este mismo año, embarcándose en Liverpool. La compañía de ópera que se proponia hacer oír en la América septentrional, se componía de García mismo, primer tenor; de Crivelli (hijo), tenor; de su hijo Manuel García y de Angrisani, bajos cómicos; de Rosieh, buffo caricato; de la Sra. Barbieri; de su muger y su hija Maria. Una compañía compuesta de cantantes tan distinguidos, era la mayor novedad filarmónica que habian conocido los americanos: el entusiasmo de los habitantes de Nueva-York no es facil describirlo. García se captó la benevolencia pública con las óperas *Otello*, *Romeo*, *Il Turco in Italia*, *D. Juan*, *Tancredi*, *La Ceneréntola*, *L' Amante astuto* y *La Figlia dell' aria*, obras escritas para el mismo, para su hija, y para Angrisani. El resultado de su empresa fué tal, que embriagado García con sus triunfos, y mucho mas con el dinero en abundancia que recogia de las representaciones, en lo que menos pensaba seguramente era en abandonar el suelo americano, si el rigor del clima no hubiera sido tan nocivo á la salud de los cantantes. García dejó á Nueva-York en 1827, dirigiéndose á Méjico donde el cielo semi-español fué mas saludable á la generalidad de los artistas.

Las primeras óperas con que la compañía lírica de García se presentó al público mejicano, fueron italianas; pero los mejicanos que tienen una ciega aficion á la música, se mostraron algo disgustados por no entender el idioma en que estaban escri-

tos los *spartitos*: fué necesario traducirlas en el idioma del país, cargando García con la responsabilidad de tan penoso trabajo. A los diez y ocho meses de estancia en Méjico, tuvo deseos de volverse á Europa, para lograr algun descanso á sus tareas, emprendiendo la ruta para Veracruz donde debia embarcarse con su tropa musical: mas á pesar de la proteccion que le proporcionaba la escolta que llevaba para mayor seguridad, el convoy-García fué acometido por una cuadrilla de ladrones enmascarados, que se posesionaron en un cerrar y abrir ojos hasta del último maravedí que llevaban consigo los desgraciados filarmónicos; llevándose entre otras mil cosas de valor, una cajita que contenia mil onzas de oro. La energia de García no se desmintió por este desastre, al contrario, emprendió nuevamente el viaje á París, donde apenas hubo anunciado la apertura de su escuela de canto, se halló esta poblada de jóvenes artistas, y entusiastas aficionados de todas clases. Su afición al teatro era estremada, y por última vez se presentó á cantar el *don Giovanni* y el *Barbieri*; pero su edad avanzada, sus fatigas y enfermedades, habian alterado extraordinariamente su órgano vocal; García conoció muy á su pesar, que no era el mismo que fué en los tiempos lozanos de su juventud, y con la prudencia de un veterano encanecido en el arte dramático, dejó la escena, con los ojos arrasados en lágrimas.

Dedicado exclusivamente á la enseñanza del canto, y á sus trabajos científicos como compositor, pasó nuestro célebre artista español los últimos años de su vida; siendo visitado con interés por todos los maestros y artistas extranjeros que escuchaban los sabios consejos de García, como si fuesen emanados de la boca de un oráculo; acerca del cariño afectuoso y tierno con que le miraban sus discípulos, tan solo podremos decir que rayaba en idolatría, pues veian en él, á un padre afectuoso dedicado con el mas vivo interés á labrar la felicidad de estos. Pero la parca inexorable, cortó el hilo de sus dias; acaeciendo su muerte en Paris el 2 de junio de 1832, á la edad de cincuenta y ocho años. Como cantor y actor, García estaba dotado de un númen extraordinario; en esta parte no ha tenido jamas competidor. Dotado generalmente de un excelente sentimiento músico, sobresalia ventajosamente en el género gracioso, en el cual era diabólico é irresistible: pero tanto en el *portamento* de la voz, como en la profusion y lujo con que usaba la *floritura* ó notas de adorno, era asombroso; y al oido mas fino y delicado le costaba gran trabajo el percibir las multiplicadas notas que arrojaba su garganta como un raudal de ricas perlas. Su imaginacion vivísima en extremo, le suministraba con la velocidad del rayo ideas nuevas, y nuevas formas para la ejecucion de estas mismas *florituras* que daban á su canto un colorido, una brillantez y novedad, y un caracter tan original como difícil de imitarse. Como compositor, tenia una facilidad grandísima para escribir; y rara vez se cuidaba de corregir sus obras, pues aunque alguna de estas tubiese una acogida menos favorable de la que él se pensaba, se consolaba muy pronto escribiendo otra nueva con la misma facilidad que la concebía: pudiendo asegurar, que si García hubiera tenido un poco mas de calma, y la reflexion necesaria para dar la última mano á sus obras, desde luego estas hubieran gozado de una

aura popular; pues ideas nuevas, pasos de mucha agilidad y de excelente gusto, y escritas las voces con un conocimiento profundo del arte vocal, son cualidades que sobresalen en las composiciones de García. Como una prueba de su talento y genio creador, citaremos las óperas mas conocidas que escribió este grande artista en medio de una vida agitada, aventurera, y eminentemente dramática; dejando á un lado las composiciones á medio acabar, las cantatas, arias sueltas, romanzas, y canciones españolas á dos, tres, cuatro, y seis u ocho voces; pues García las arreglaba ó componia de pronto, segun los cantantes que tomaban parte en la ejecucion. Sus obras pueden dividirse en tres clases. I. ÓPERAS ESPAÑOLAS. 1.º *El Preso*, en un acto, representada en Málaga: 2.º *El Posadero*, en un acto, en Madrid: 3.º *El Preso por amor*, monodrama en un acto: 4.º *Quien porfia, mucho alcanza*, ópera en un acto: 5.º *El reloj de Madera*; 6.º *El criado fingido*, en un acto: 7.º *El Cautiverio aparente*, en dos actos: 8.º *Los Ripios del maestro Adán*, en un acto. 9.º *El Hablador*; 10.º *Florinda*, monodrama: 11.º *El Poeta calculista*, 1805, en un acto: todas estas óperas fueron representadas en Madrid. 12.º *Abufar*, en tres actos, 1828, en Méjico: 13.º *Semíramis*, en tres actos, 1828, en Méjico: 14.º *Acendi*, ópera en dos actos: 15.º *El Tirano por amor*, dos actos: 16.º *Los Maridos solteros*, en dos actos, Méjico: 17.º *Xaira*, en dos actos, Méjico. II. ÓPERAS ITALIANAS. 18.º *Il Califo di Bagdad* en Nápoles 1812: 19.º *La Silva nera*, baile en tres actos en Milan. 20. *Il Fazzoletto*, en un acto, 1823, en París: 21. *Astuzie é prudenza*, en Londres, 1825, en un acto: 22. *L' Amante astuto*, en un acto, 1827, Nueva-York: 23. *La Figlia dell' Aria*, en un acto, 1827, Nueva-York: 24. *Il Lupo d' Ostende*, en dos actos: 25. *I Banditi*, 2 actos; 26. *La Buona famiglia*, en un acto, poesia y música de García; 27. *Don Chisciotte*, en dos actos: 29. *Le tre Sultane*, en dos actos: 30. *Un ora di matrimonio*, letra italiana y española, representada en Méjico: 31. *Zemira é Azor*, en dos actos: 32. Cinco óperas pequeñas de sociedad con acompañamiento de piano, tituladas: *L' Isola disabitata*, *Li Cinesi*, *Un avvertimenti ai Gelosi*, *I tre gobbi*, *Il finto sordo*. III. ÓPERAS FRANCESAS. 33. *Le Prince d' occasion*, en tres actos, representada en el teatro de la ópera-cómica, 1817: 34. *Le grand Lama*, en tres actos, poesia de Mr. de Jony, no representada: 35. *L' origine des Grâces*, en un acto, no representada: 36. *La mort du Tasse*, en tres actos, representada en la ópera-cómica 1821: 37. *Florestan*, en tres actos, teatro de la Grande-ópera, 1822: 38. *Sophoniste*, en tres actos, letra de Mr. Jony, no representada: 39. *La Mouniere*, en un acto, representada en el teatro del Gimnasio-dramático, 1823: 40. *Les deux contrats*, en 2 actos, representada el 6 de marzo de 1824 en el teatro de la ópera-cómica. Los principales discípulos de canto que formó García, fueron; sus tres hijos, María Malibran-de-Beriot; Paulina García-de-Viardot; y Manuel García, excelente profesor y maestro de canto actualmente (agosto de 1842,) del Conservatorio Real de música de París: la célebre Enriqueta Meria-Lalande; MM.^{mes} Rimbault; Ruiz-García; Favelli; la condesa Merlin; Pabla Canga-Argüelles García-Morales, (hija de la primera mujer); y los señores Geraldí; y el célebre cuanto desgraciado tenor Adolfo Nourrit. La

vida de García estuvo consagrada enteramente al arte, el cual recibió un grande impulso con los adelantamientos y grandes facultades de este célebre tenor. Los compositores antiguos y modernos, encontraron en Manuel García un intérprete fiel de sus obras, y mas de una vez se le oyó esclamar al *ilustre maestro, al Cisne de Pesaro*, que «García en el papel de *Otello* habia sobrepasado sus esperanzas, pues solamente un corazon y una alma *africana-española* del temple de la de García, eran capaces de escitar el entusiasmo frenético en el alto grado que este cantor lo conseguia en dicha ópera.» García tenia como hombre, el corazon mas hermoso que posee criatura humana, á su lado no habia ninguna persona pobre; cuantas limosnas, cuantas lágrimas no enjugó á infelices espatriados de 1823, que sin su auxilio hubieran perecido en el suelo inglés!.. Recordemos las glorias de este célebre é inmortal español, que con tanto honor y lustre ha sostenido nuestro nombre en los payses estrangeros; el es nuestro orgullo; padre de la *diva* é inmortal Maria Malibran-de-Beriot, de este angel que asombró con su talento al orbe músico y que murió en la flor de su edad como Rafael, Mozart, y otros mil artistas distinguidos!.. Padre de la sublime Paulina García-Viardot, cuyo talento indisputable reconoce la Europa entera, ¿qué mayor gloria?... Justo es que derramemos una lágrima sobre su sepulcro, confiando en que algun dia tributará la España artística un homenaje justo á la memoria de García, trasladando sus cenizas á la patria que le vió nacer, y que tuvo el consuelo de que tanto en sus triunfos como en su muerte, perteneciese uno de sus hijos mas esclarecidos á un pais extranjero. ¡LOOR AL NOMBRE EUROPEO DE GARCÍA!

EL BIÓGRAFO.

CAPRICHOS Y MANÍAS

DE ALGUNOS MÚSICOS CÉLEBRES.

Haydn.

Este ilustre compositor sinfonista, cuyas obras serán eternamente la admiracion del mundo musical, era el hombre mas casero y sedentario que se ha conocido. Vivía en una habitación mezquina situada en uno de los arrabales de Viena; y retirado en su gabinete y acompañado del clave, arreglaba hasta los mas pequeños detalles de sus obras.

Entregado absolutamente á sus meditaciones musicales, Haydn recibía muy pocas visitas, y rara vez obtenía el gusto de verle alguno de sus mas íntimos amigos; la mas pequeña mudanza de sistema vital le importunaba de tal modo, que parecia querer cortar el vuelo de sus mejores inspiraciones.

—Por un contraste raro, Gluck no podia componer la pieza mas insignificante de música, si no en medio de una vida agitada, llena de incidentes y aventuras. Para desarrollar sus ideas creadoras, necesitaba ser escitada su imaginacion por los espectáculos mas bellos de la naturaleza, por sitios variados y pintorescos, por vastos y magestuosos horizontes, ó bien por fiestas espléndidas del gran mundo y los

prodigios de la civilizacion, en medio de las grandes solemnidades, ó de las impresiones de un viage largo, su genio parecia tomar nuevas fuerzas encontrando melodías de un caracter atrevido y original. Esta organizacion particular, ha contribuido poderosamente á hacer de Gluck uno de los mejores compositores dramáticos de la Francia.

—Las personas que á principios de este siglo han frecuentado los salones del gran tono en Madrid, recordarán sin duda haber visto al célebre Alejandro Boucher, cuya originalidad rayaba á veces en locura; llegó á ser violin de la cámara del rey de España Carlos IV, valiéndose de un medio singular. Hallándose en Madrid, jóven, sin proteccion alguna, y sabiendo que el rey amaba con pasion la música y tocaba el violin, Boucher trató de colocarse fijamente en casa del conserje de palacio, el cual le hizo al principio algunas objeciones, pero ignorando las intenciones de Boucher, cedió á que permaneciera en aquel sitio.

Así que nuestro violinista hubo tomado posesion de la conserjería, templó con el mayor esmero el violin, recorrió todos los tonos, todas las escalas diatónico-cromáticas, hizo cuatrocientos arpeggios modulando por tonos difíciles y diabólicos, dió con toda la *fuerza de arco* un par de docenas de acordes que hizo estremecer los cimientos del palacio, y asegurado de que el violin se prestaba amablemente á cuantas pruebas habia hecho, se puso á tocar con toda la seriedad de un hombre que llevaba la cabeza empolvada, desplegando toda la habilidad, y todo el talento de que era susceptible. Jamás violinista alguno habia estado tan inspirado, como lo estaba en aquel momento Boucher. La improvisacion duró algunas horas, si bien de vez en cuando descansaba algunos minutos: de improviso se oyen las músicas de los guardias de Corps, y Alabarderos, asoma la cabeza Boucher por la ventana de la conserjería, y vé que S. M. habia montado en el coche para salir á paseo, y al ruido que hicieron los caballos para romper la marcha, toma el violin en la mano, colócaselo con firmeza sobre el hombro izquierdo, inclina ligeramente y en dicha direccion la cabeza, y rompe á tocar con todo el vigor y energía de que era capaz, uno de los pasos mas brillantes y bizarros de su composicion; el rey que era grande aficionado á la música, y tocador de algun mérito en el violin, así que llegaron á sus oídos los ecos celestiales del violin de Boucher, mandó parar su coche, dando orden de traer á su presencia al tocador de violin. Con la velocidad del rayo se reconocieron las habitaciones inmediatas á la galería en donde el rey habia suspendido su marcha, encontrando los guardias de la R. P. á mi buen Boucher, tocando en el cuarto del conserje con tal agilidad y gusto, cual no se habia oído jamas. Informóse á S. M. de lo ocurrido, y mandó que se presentase el violinista aquella misma noche en su cámara. Hízolo con la mayor puntualidad Boucher, y despues de tocar una improvisacion en presencia del rey, tuvo el honor ademas del homenaje que el soberano tributó á su talento, de ser invitado por S. M. á tocar en su compañía un cuarteto. Carlos IV quedó encantado del talento y habilidad superior de Boucher, nombrándole en el acto primer violin de su cámara.

E.

EL ROSARIO DE HAYDN.

O EL CANTO DEL CISNE.

DESENLACE.

Terrible era la escena que tenia lugar en el Torreon de Haydn. Carolina, blanca, aérea como una exhalacion vaporosa, se habia desprendido de las férreas manos de los alemanes que la custodiaban, y avalanzándose á la alta claraboya, y sosteniéndose en el pasamano calado de su marmórea ventanea columpiaba su cuerpo sobre aquel ligerísimo apoyo; y al ver á doscientas varas el suelo peñoso y árido, al conocer que era dueña de su honor y de su vida, se sonreía con esa sonrisa celestial é indefinible con que sin duda los ángeles castos saludan á la Virgen. Los soldados formando un grupo vistosísimo y marcial, permanecian inmóviles, cada cual en la posicion y actitud en que les habia sobrecojido, y con asombrados ojos seguian los ligeros movimientos de aquella súfida del aire que contemplaban como una vision maravillosa. El Príncipe de Svartemberg, con una mano, parecía detener á sus guerreros temeroso de que, al primer paso que se adelantaran se precipitase de la ventana su bella Carolina; con la otra mano, tendida hacia la joven la suplicaba sin duda que respetase tan preciosos dias; y puesta una rodilla en tierra sobre la hoja de su espada se confesaba rendido y suplicante; y la declaraba libre y señora de todo.

El ruido de los carruajes vino á cambiar aquel cuadro patético y sublime digno de trasladarse al lienzo con los sombríos colores de Rauzbland.

El príncipe se puso en pié: los soldados hicieron un movimiento general que ocasionó el choque de sus armas contra el suelo, y al eco agudo que produjeron, Carolina cerró sus ojos, soltó un ay, y pareció vencer todo su cuerpo fuera del pasamano de la vidriera, agitando sus brazos como un cisne que quiere lanzarse á los aires: pero el príncipe que conoció todo el peligro, se arrojó rápidamente sobre ella, y merced á sus hercúleas fuerzas, pudo sostener por el extremo de sus largas vestiduras á la imprudente y honestísima doncella, que por conservar su pureza, se habia lanzado á la muerte como una paloma á un cielo sereno en que volar. Por fin el milano se habia apoderado de su presa.

Cuando la colocó en medio del aposento, Carolina permaneció inmóvil. Su frente aparecía mustia como la de una azucena troncada, y su cuerpo pesado como el de un cadáver.

—«Dejadme solo, gritó el príncipe, con voz destemplada á sus atónitos soldados; guardad las entradas de la Granja, y apoderaos de uno de esos coches, para trasladar á Carolina á mi castillo, lo habeis entendido? Llevaos tambien todas esas antorchas.

Retirábanse los alemanes, y el último de ellos cerraba ya la puerta del Torreon dejándole oscuro y desierto, cuando por otra puerta secreta labrada en el espesor del muro, se adelantó un hombre, ó una sombra, pues tal parecía, embozado hasta los ojos á la claridad de la sola linterna que traía en una mano, y con la que alumbró la estancia tenebrosa.

El príncipe se puso en pie y echó mano á la espada; el desconocido, habia examinado con la linterna el rostro pálido de la joven desmayada, y colocando su mano sobre el corazon de aquella hermosura exanime, parece que trató de convencerse si su venida debia ser solo á pedir una satisfaccion honrosa, ó á tomar una horrible venganza. Todo esto fué obra de un momento para el extrangero misterioso, el cual colocando en seguida la linterna junto á Carolina, sacó su acero con desembarazado continente, y se puso á oportuna distancia de su contrario, sin descubrir el rostro, antes bien subiéndolo el embozo y bajando las alas de su sombrero hasta el punto de tocarse y dejando solo una línea, en cuyo fondo oscuro relucian dos carbones ardiendo.

El príncipe sintió un involuntario pavor al verse frente á frente con un personaje, aparecido por encanto, sombrío, mudo y terrible como los diablos que Hosman hace intervenir en sus cuentos. A fuer de valiente y de resuelto, ó por mejor decir de enamorado, tuvo valor para preguntarle.

—¿Qué quieres?

—Tu vida, le replicó el desconocido.

—....¿Me propones un desafío?

—A muerte.

—....En qué te he ofendido?

—En lo que mas estimo; en mi amor!

—Segun eso eres su amante?

—Soy... su penador.

—No te comprendo.

—Defiéndete, y sobre tu cadáver te contaré mi historia.

—Puedo perderte. Mis guerreros...

Acaba de persuadirte que te han abandonado, dijo y abrió las puertas y le hizo seña para que mirase los largos corredores desiertos, y toda la granja en el mayor silencio. El príncipe giraba de uno en otro aposento llamando en voz alta, y sin recibir mas respuesta que el último sonido de sus palabras que el eco repetía; volvió á acercarse al extrangero y le preguntó con un acento en que la ira no tenia su menor parte.

¿Y quién los ha hecho abandonar á su jefe? ¿Habeis sido vos el que los ha comprado, y el que les ha enseñado que era mas lucrativa y honrosa la traicion que la lealtad.

—Defiéndete, repito, puesto que no tienes ya otro apoyo que tu espada, ni mas compañero que tu brazo.

—Quien eres, hombre fatal?

—La justicia de Dios. El ampare la buena causa.»

Acercóse entonces rapidamente á su encuentro, y presentándole la punta de su acero delante de los ojos, obligó al príncipe á que parase con el suyo. Comenzó la lucha, los polpes redoblaron; y á pocos acometimientos cayó en tierra uno de los combatientes, el otro desembozando el rostro de capa negra que le ocultaba, y arrojando lejos de sí el sombrero que le ceñía la blanca cabellera, y embainando la espada se arrojó apasionadamente sobre el cuerpo de Carolina á la que amorosamente decia.

«Idolo de mis pensamientos; vuelve en tí, es tu amigo, es tu buen amigo, el cariñoso anciano que veló tus primeras noches de amor, el pobre padre que te enjugó las primeras lágrimas, es tu Haydn, tu viejo Haydn el que te llama, el que te desea para su consuelo, el que te necesita para su felicidad!»

El príncipe Svarkemberg á quien la sangre de una herida que habia recibido en la frente, ofuscándole la vista le habia hecho caer en tierra, repuesto de su primer asombro se levantó de repente, y buscando por el suelo su espada, parecia dispuesto á emprender una nueva y mortal contienda.

¿Con que sois vos? gritó al apoderarse de su arma. ¿Con que he sido tan ciego que he confundido á Haydn con el demonio, y su débil puño me ha hecho retroceder como la fuerza del rey de los infiernos? Luchemos ahora, que os conozco, y que sé que no teneis nada de Satanás. No os cedo el botin, sino despues de ganada la victoria.»

Mientras esto dacia, Haydn el músico prodigaba mil coriñosas caricias á su pobre Carolina; y se mesaba lastimosamente los cabellos, y suspiraba como un delirante, por la hija adorada de su corazon. Entonces fué cuando por la misma escalerilla secreta de la torre fueron saliendo otros varios personajes; y el resplandor de las teas que llevaban varios montañeses, alumbró con un resplandor brillante la distancia que habia servido de campo de duelo.

Levantóse Haydn respetuosamente al ver aparecer caballeros. Reclinaron á Carolina en su lecho, y dos damas, que venian entre ellos, acudieron solícitas á socorrerla.

El oficial de la guardia entregó un pliego al príncipe de Svartzemberg, é hizo seña á un montañés para que acercase el hachon mientras su lectura. Al terminarla pronunció estas palabras:

—Con que estoy depuesto? Siento que su alteza el príncipe de Hheracy no me haya creído digno de mandar sus compañías de alemanes, pero no sé en quien depositaria mejor su confianza y me alegraré conocer á mi sucesor.

—El baron de Kulbech.

—Kulbech? el proscrito?... el perseguido por los tribunales militares de Alemania?

—El mismo: perdonado ya por haberse sabido la verdadera causa de abandonar sus banderas; y el que en este momento marcha al frente de un ejército aguerrido

á derramar su sangre por su patria para lavar con ella la mancha que recayó en su nombre.

—Kulbech? Pero su alteza no sabe que al deponerme de mi empleo no me ha quitado el derecho de exigir una satisfacción personal, é ignora que he jurado la muerte de ese rival dichoso.

—Solo puedo decirles que para evitarlo, tengo entendido que está ya firmada la orden de vuestro perpetuo destierro.

—Qué dices? Y quién se atrevería á presentármela?

—Yo! pronunció una dama, saliendo del gabinete de Carolina y presentándosela al príncipe con noble y despejado ademán.

—...Mi esposa.

—...Voy á dejar de serlo. Os dí un nombre ilustre y vos le mancillais; os confié la felicidad de mi vida, y vos me haceis la mas desventurada de las mugeres.

—Princesa.

—...Si, yo he solicitado ese destierro, porque al menos ya que sea infeliz, quiero vivir respetada y vos me afrentais y me esponeis á la befa del pueblo con vuestras desmasias amorosas, por no decir con vuestros atentados escandalosos é infames; si, no retracto mis palabras; porque infamia es perseguir al esposo y amante favorecido, por obtener con la violencia y la traicion el cariño de una muger que os aborrece, y escándalo el seducir tan abiertamente, y á la cara de vuestros soldados la honestidad de una jóven sin defensa!

—Ah!

—...En uno de esos carruajes vais á partir con la escolta suficiente. Adios, pues, y el os haga arrepentir de vuestros errores.

El príncipe obedeció como maquinalmente á la indicación que le hizo el capitán de la guardia para que le siguiese; el lenguaje de la verdad habia penetrado hasta su corazón; y la voz de una muger que tambien habia adorado, cuando jóven, y que le habia entregado sus títulos y su corazón, su grandeza de nombre y de cariño, le hirió tan penetrante en el alma, que el remordimiento hizo enmudecer todas sus pasiones, y la vergüenza callar todas sus quejas. Siguió pues al oficial de la guardia y á poco se oyó el ruido del carruaje que partía velozmente. La princesa entró entonces en el aposento de Carolina, á quien encontró amorosamente abrazada á Haydn, como la voz cariñosa que se enlaza á la encina caduca que la ha nutrido y alimentado...

VIII.

UN DIA FELIZ DE LA VIDA.

—La luz del nuevo Sol penetraba ya por los cristales del aposento de Carolina, cuando esta despertó del sueño tranquilo y reparador que habia restaurado sus fuerzas: brillaban ya sus ojos como dos estrellas, y en sus pálidas mejillas el placer y el consuelo habian derramado sus invisibles colores dando á su tez la transparencia de un cristal y la frescura de una roja clave-lina.

—Amigos míos, exclamó, al verse rodeada de Haydn y de la princesa de Swartemberg: ¿No habeis descansado por mi causa?

—Antes no, querida mia, la conteté con dulcísimo acento la dama compasiiva. La felicidad es el sueño mas feliz de la vida: vuestro padre aunque anciano ha sido el mas dichoso de los hombres al veros fuera de peligro y restituida á sus brazos. Estoy segura, que jamás habrá descansado tan bien como esta noche.

—Teneis razon, señora; las horas han volado para mi como la memoria de un placer perdido. Me siento fuerte con mi alegría, y descansado con mi esperanza. Vos sois la única que ha padecido.

—Si, no os lo puedo negar. Al separarme del hombre á quien tanto he amado, he desecho para siempre el último lazo que me encadenaba á los placeres de la tierra; pero en cambio llevaré conmigo el consuelo de haber contribuido á la dicha de una familia respetable.

—Y Kulbech? prorrumpió Carolina, entre temerosa y agitada.

—El último corredor que ha llegado de nuestro campo nos ha traído las mas dichosas nuevas. Puesto al frente de la vanguardia ha acometido los puestos avanzados de los franceses.

—Dios mio!

—Y los ha obligados á retroceder 10 millas, ganando 300 prisioneros, y cubriéndose de laureles.

—Qué felicidad.

—Si, Corolina, añadió la princesa. Su alteza el príncipe de Eskeracy le ha abrazado cordialmente delante de sus banderas; y lo que mas os debe consolar es que por ahora no se halla espuesto á tan inminentes peligros, pues se ha confiado el mando de la vanguardia á otro gefe de distincion, y Kulbech ha pasado á la misma capital de Viena á cuidar de sus reparos y abastecimientos, y á reglamentar los cuerpos de montañeses que han acudido dentro de este recinto.

—Asi que, hija mia, tu vas á partir con esta señora á una quinta de su posesion, en donde esperarás el resultado de la próxima campaña.

—Otra vez abandonaros!

—Pero ahora es por consejo de tu padre, y por su gusto. Yo soy querido y respetado en Alemania; mi granja es una fortaleza que no se atreverán á invadir. Pero tu eres hermosa y jóven; esposa de Kulbech, debes seguir su suerte próspera, y consolarle en su adversidad. Si vencemos, volveréis á mi compañía, ó nos iremos juntos á Viena á pasar el resto de nuestros dias; si el ejército de Bonaparte invade nuestra capital, Kulbech se verá precisado á huir, y el punto de reunion será la granja de la princesa. Ahí van vuestros salvos conductos.

—Noche y dia tendré caballos ensillados, y ya están avisados los amigos de Haydn, y los míos en Inglaterra para que no os falte nada de cuanto podais necesitar.

—Pues bien, padre mio, entregadme de nuevo mi prenda; tengo esperanzas de que así nos volveremos á ver pronto y de que vos vendreis á reclamármela.

—Sí, tómalala, hija mia y con ella mi bendicion... Sacó el rosario de su pecho, le suspendió de la blanca garganta de Carolina, imprimió un beso sobre su frente y exclamó;

«Yo era viejo y débil, pero conozco que Dios no ha apartado de mi su mano protectora, pues aun me concede un dia tan feliz en mi vida.

Pocas horas despues salía de la granja el otro carruaje conduciendo á la Princesa, á la Baronesa de la amiga de Haydn, y á su querida Carolina. Kalech y Besta las saludaban desde el porton de la torre; Haydn desde su alta claraboya seguía con sus ojos arrasados de lágrimas el coche veloz que solo se divisaba entre la nube de polvo como un punto negro y movable. El pobre músico agitaba al viento un pañuelo blanco, como en señal de despedida, y de paz; hasta que por último no distinguiendo por el camino sino la oscura densidad del ambiente, dejó caer las manos sobre la ventana, y la blanca cabeza sobre las manos, y soltó un ay tan triste y penetrante, que Besta y Kalech que aun permanecian en la puerta, alzaron la vista, y descubriendo al anciano que haciendo movimientos convulsivos entonaba con voz descompasada, hueca, y aguda un canto lastimero y tierno.

«La Virgen nos asista, exclamó Besta, santiguándose.

—Como? De qué proviene tu asombro?

—La prediccion de Zoroam, el Moro, se verá cumplida! No oyes ese canto que en lo dulce é indefinible semeja el de los pájaros celestiales? Pues en el canto del Cisne!

—Y bien?

—Ay de nuestro buen amo, y ay de Viena, entonces!

IX.

EL CANTO DEL HAYDN.

Dos dias despues, y en el gabinete del Torreón solitario, tenia Haydn con Besta, la hechicera, el siguiente diálogo.

—¿Y Kalech no ha vuelto de Viena?

—No señor.

—Y no ha llegado ningun aviso de su parte, ni de la Carolina.

—De nadie.

—Déjame solo.

—Señor. Os veo hoy muy afligido y postrado. Dos años que no habeis cojido la pluma en las manos, y hoy os habeis llevado toda la mañana escribiendo.

—Ah! Besta, las de ahora han sido otras notas mas lúgubres que las que otro tiempo escribía! Antes era mi fantasía la creadora, hoy lo es la miseria de mi naturaleza! Aquellas las componia soñando en revestirme con la naturaleza de los ángeles, estas las he redactado pensando en la fragilidad de los hombres! En fin he escrito mi testamento.

—El testamento! ¿Y por qué habeis de pensar ahora en los que os sobrevivan, cuando vos estais para durar muchos años?

—No, no me ilusiono! Y aun si te he de decir la verdad, á tí, que segun dicen, tienes medios para adivinarla, soy supersticioso en extremo, y lo que me ha contado Kalech....

—Kalech. Sí; de una prediccion del Moro Zoroam.

—¿Con que os ha referido la historia que le contó el otro día?

—No ha podido resistir á mis súplicas. Le veia tan triste en mi presencia que desde luego colegí que me ocultaba algun secreto doloroso. El pobre Kalech me ama como un niño á su madre, y me confesó que se afligia por mi suerte porque tenia cercano el fin de mi gloriosa carrera!

—¿Que imprudente!

—No; me hizo un bien inmenso. Yo me habia olvidado con las grandezas de la vida de las miserias de la muerte: me ha hecho mucho bien porque me ha dado tiempo para reconciliarme conmigo, y para conformarme con la idea de perecer, y de acabar para los hombres! Yo que habia deseado ser inmortal! Con que di, Besta, tu das crédito á esa profecía? No temas aflijirme.

—Señor, Zoroam leia en los astros del cielo. Y predijo durante mi vida la pérdida de Viena y la invasion de los franceses en mi querida patria.

—Si, señor, y que el canto de un Cisne melodioso precederia tres dias enteros al cumplimiento de su prediccion terrible.

—Y la voz de mi pobre cabeza delirante os ha recordado un canto inesplicable que os parece deberia ser el de un Cisne?

—Así es la verdad.

—¿Y ya van trascurridos tres dias en cuanto acabe el sol que nos alumbra, de modo que hoy debe ser la toma de Viena y mi....

—Callad, y no pronuncieis esa palabra. Bien sabe el cielo, que esta es la única ocasion en que Besta daria la mitad de su vida porque no se cumpliese la profecía de Zoroam.

A este punto llegaban, cuando sintieron pasos en la escalerilla de la torre y apareció Kalech. Haydn se sonrió y le alargó la mano, el bohemio se la besó con respeto, y viendo que esperaba sus nuevas comenzó á decirle:

«Las damas han llegado al palacio á donde fuimos á suplicarlas que os diesen los salvos conductos. Carolina ha proseguido su marcha y ha llegado á la quinta de la Princesa, despues de haber tenido en Viena una conferencia con su esposo en la que han quedado convenidos de su reunion en cualquier evento. La capital está en la mayor consternacion: las tropas francesas acampan á dos millas. Su formidable tren de artillería asesta sus tiros á las casas de los alemanes, y de un momento á otro se espera la rendición de la plaza, ó se la amenaza con destruir sus cimientos á cañonazos.

—Bien Carolina, se salvará; Dios respetará los dias de su esposo para que la proteja. Viena caerá entre el polvo y yo seré el Cisne que flore su muerte anticipada. Ay de mí! Escuchais?

—Una descarga de artillería.

—Patria mia: segunda explosion. La sangre de mis hermanos se derrama: el fuego asola sus lugares; los estrangeros van á encadenar sus hijos, y á ultrajar el lecho de sus esposas. Maldicion á la Francia. Ah! dejadme, dejadme.

—Señor.

—Maestro, padre.

Dejadme os digo. Oid, ese cañon destroza mis entrañas; es la patria que me dió el ser la que se desploma, es la cuna de mis primeros años la que se encharca en sangre. Dejadme, me siento inspirado! un rayo de luz aquí en mi mente.... Un rayo de fuego... aquí sobre mi corazon.... Salvad oh Dios mi patria!

Y así murmurando con acelerados pasos, se abalanzó al piano, sentóse en él, y empezó á ejecutar un aire tris-tísimo y marcial, lastimero y sublime eco de sus profun-

das sensaciones. Sus manos trémulas giraban rápidas sobre el teclado sonoro; sus ojos sostenian en sus pestañas dos lágrimas de fuego y su voz robusta pero aguda y dolorosa soltó un canto vibrante y dulcísimo que hizo esclamar de nuevo al bohemio y á la hechicera que le miraban absortos. «El canto del Cisne...»

Haydn permaneció poco despues en silencio, porque el estruendo de los cañonazos habia cesado; pero de repente una nueva descarga le hizo saltar de su asiento y entonar aun mas tristemente.

Oh Dios! librad de la Francia mi patria y mi Emperador.

Cada cañonazo era un golpe de muerte que retumbaba en el corazon del infeliz y apasionado artista. Sus manos iban perdiendo su pulsacion fuerte y rápida. sus ojos se amortiguaban y ocultaban entre sus blancas pestañas su consumida lumbre, como dos ascuas que se apaga entre cenizas, su cabeza se venia sobre su pecho; hasta que por último su canto se convirtió en un quejido, y el quejido en un ay punzante, y el ay en un eco imperceptible al que siguió el ruido sordo de un cuerpo que cae.

Kalech y Besta acudieron aterrados. Haydn pronunciando las dulces palabras de patria y de amor, habia caido muerto sobre las teclas de su antiguo piano de compañero de sus vigili-as, del amigo de sus pensamientos, del consolador de sus penas. Haydn murió, siendo el Cisne que lamentó la ruina de Alemania; su canto fué el himno glorioso de su pais querido y conquistado. Con efecto, el ruido del cañon francés aceleró su muerte. Haydn oyó los quinientos cañonazos que disparaban sobre su querida ciudad, pues su jardin estaba situado á una milla de Schebroum que era donde estaba la armada de Napoleon. Su alma habia volado á su primitiva cuna, y aun sus helados dedos sacaban del piano admirables acordes. Inútilmente quisieron desprenderle de allí, una fuerza galvanica parecia encadenarle á aquel instrumento favorito: su cadáver habia encontrado su verdadera caja mortuoria. Besta y Kalech poblaron los salones con su llanto y sus ayes, pero el ángel no respondió porque habia olvidado ya las voces del mundo, y gozaba entre los espíritus del señor de la armonía de sus conciertos celestiales.

CONCLUSION.

Segun las noticias de los oficiales que terminaron las campañas, se sabe que Kulbech, despues de sostener su reputacion de esforzado y de derramar su sangre por su patria habia pedido su retiro para Inglaterra, y que allí vivia con Carolina, recordando la torre de amores, y el cariñoso amigo que habian perdido.

Las dos damas de la corte favorecedoras y entusiasmadas por el ilustre compositor habian abandonado la corte y solo por el verano acudian á la Torre misteriosa, á derraman sus lágrimas sobre el lecho de muerte de su perdido amigo.

Kalech seguia recorriendo las aldeas, pero en vez de sus baladas antiguas, entonaba una cancion triste que titulaba el canto del Cisne y que hacia derramar lágrimas á los sensibles alemanes que recordaban con orgullo el gran nombre del ilustre compatriota y protector que la muerte les habia arrebatado.

Besta murió, y aun cuentan que repitiendo también aquella música terrible que tanta impresion les habia echo á todos, el canto del Cisne.

G. ROMERO L.

Los números sueltos se venden en la redaccion á 2 rs.

Director y redactor principal: JOAQUIN ESPIN.